

DANIEL DEFOE (1660-1731)

Daniel Defoe (Londres, 1660 – 1731) fue un escritor, periodista y panfletista inglés, conocido mundialmente por su novela *Robinson Crusoe*. Defoe es importante por ser uno de los primeros cultivadores de la novela, género literario que se popularizó en Inglaterra. A Defoe también se le considera pionero de la prensa económica.

Su novela *Robinson Crusoe*, escrita en 1719, cuenta el naufragio de un hombre en una isla desierta y las aventuras que vivió en ella. El autor pudo basar su novela en la historia real de algún náufrago de la época. Después de esta escribió muchísimas novelas más, así como cuentos, pero ninguna de ellas tuvo el mismo éxito que *Robinson Crusoe*.



CUENTOS

LA APARICIÓN DE MRS VEAL (Daniel Defoe)

Este asunto es tan extraño en todas sus circunstancias y lo sé de fuentes tan fiables, que jamás lectura o conversación me proporcionó sensaciones semejantes. Yo os narro esta historia tal cual me la contó mi buena amiga Mrs Bargrave. Ella es íntima amiga mía, y durante los 15 o 16 últimos años ha mostrado una conducta intachable y normalísima; sin embargo, desde que hizo público este relato, ha sido muy criticada, pues muchos creen que dicha historia es invención suya, intentando por todos los medios desacreditarla y ridiculizar su narración.

Conviene saber que Mrs Veal era una mujer de unos treinta años, hermosa pero soltera, que no andaba muy bien de salud y no trabajaba. Tenía un hermano, que se preocupaba mucho por ella, y una amiga con la que compartía largas horas de tertulia, Mrs Bargrave.

Mrs Bargrave siempre me dijo que eran íntimas desde la niñez. Mrs Veal no tenía padre y siempre andaba escasa de recursos. En realidad, le sostenía su hermano, y ella, movida también por la piedad, la visitaba con frecuencia. De hecho, muchas veces su amiga le había dicho que sentía una gratitud inmensa, y que jamás permitiría que se estropeará su amistad.

Ambas jóvenes se contaban todos sus secretos, leían libros juntas y paseaban con frecuencia por las avenidas principales. Mrs Bargrave le ayudaba cuando tenía alguno de sus ataques. A Mrs Veal a veces le entraban muchos sofocos y le costaba respirar.

Mrs Bargrave era toda atención hacia su amiga. Hasta que un día Mrs Veal comenzó a trabajar. Su hermano le había conseguido un puesto de trabajo, pero lejos de Canterbury, en donde vivían. Y esto hizo que poco a poco la relación entre ambas amigas se fuera enfriando, hasta el punto de distanciarse por completo. Mrs Bargrave llegó a estar dos años y medio sin saber nada de su amiga.

Era 8 de septiembre de 1705. Este dato es importante, como veréis después. Mrs. Bargrave estaba sentada sola, cosiendo y pensando en su infortunada vida cuando oyó un golpe en la puerta. Fue a ver quién era y se encontró con su antigua amiga, Mrs. Veal, que venía vestida de viaje, En ese momento el reloj dio las doce de la mañana.

—Estoy sorprendida de verte —dijo Mrs. Bargrave—. Has estado alejada de mí durante tanto tiempo...

Añadió que estaba muy contenta de volver a verla y se acercó para darle un beso. Mrs. Veal se inclinó hasta que sus labios casi tocaron la mejilla de su amiga pero, entonces, poniéndose una mano en la frente, murmuró:

—No me encuentro muy bien — y así eludió el beso.

Después, dijo a Mrs. Bargrave que se disponía a emprender un viaje y que había querido verla antes de partir.

—Pero —dijo Mrs. Bargrave— ¿cómo haces un viaje sola? Me sorprende mucho, teniendo, como tienes, un hermano tan bueno y amable.

— Bueno- contestó Mrs Veal- No quería decirle nada por si me metía prisa. Y tenía muchas ganas de verte. Así que preferí hacer el viaje sola. Mrs. Bargrave la condujo a una estancia contigua, y Mrs. Veal se sentó en un sillón.

—Mi querida amiga —dijo Mrs. Veal—, he venido a renovar nuestra vieja amistad y te pido perdón por haberla interrumpido.

—Oh, no digáis eso. Carece de importancia. Puedo perdonarte con suma facilidad.

— ¿Qué piensas de mí? —dijo Mrs. Veal.

Contestó Mrs. Bargrave:

—Pensaba que eras como el resto del mundo y que, con la prosperidad, me habíais olvidado.

Mrs. Veal, entonces, recordó lo bondadosa que Mrs. Bargrave había sido con ella en años anteriores, y también cuando juntas leían libros y pasaban tiempo juntas. Mientras hablaban de los días del pasado, Mrs. Veal afirmó:

—Querida amiga, podéis estar bien segura de que os querré siempre.

Y varias veces, mientras se pasaba la mano por delante de los ojos, le preguntó a su amiga:

—¿Creéis que los ataques que sufrí han cambiado mi aspecto?

—No —le contestaba siempre la señora Bargrave—. Os encuentro mejor que nunca.

Tras esta larga conversación, que debió durar una hora y tres cuartos, y en la que su amiga empleó palabras mucho más hermosas que las que la señora Bragrave puede recordar, la señora Veal le pidió a su amiga que escribiese una carta a su hermano. Quería decirle que repartiese sus sortijas, y que en un cajón de su escritorio había una cartera con varias piezas de oro, de las cuales dos debían ser para su primo Watson.

Al oírla hablar así, la señora Bargrave creyó que su amiga estaba a punto de sufrir uno de sus

ataques. De inmediato se sentó frente a ella en una silla, para evitar que cayese al suelo si eso ocurría.

A fin de distraer su atención, tomó la manga del vestido de la señora Veal y empezó a elogiar la tela. Mrs. Veal dijo que estaba hecho de una seda especialmente labrada; pero a pesar de todo esto, Mrs. Veal insistió en su pedido. Tenía que escribir aquella carta.

—No entiendo muy bien tu petición -dijo Mrs Bargrave— seguramente sería mejor que lo hicieras tú misma.

—No; aunque ahora te parezca una tontería, ya verás más adelante cómo tengo mis razones.

Para complacerla, Mrs Bargrave estuvo a punto de buscar la pluma, pero la señora Veal dijo:

—Déjalo por ahora. Hazlo cuando me haya ido. ¡Pero tienes que prometerme que lo harás!

Fue una de las últimas cosas que le encomendó antes de despedirse, y la señora Bargrave así se lo prometió.

Después, Mrs. Veal le preguntó por su hija. Mrs. Bargrave contestó que no estaba en casa.

—Pero si quieres verla, mandaré que la vayan a buscar.

—Hazlo —dijo Mrs. Veal.

Salió Mrs. Bargrave y fue a casa de una vecina para mandarle recado; al cabo de un rato volvió y se encontró con que Mrs. Veal estaba ya en la puerta de la calle, dispuesta a marcharse.

Mrs. Bargrave le preguntó por qué tenía tanta prisa, y Mrs. Veal dijo que tenía que marcharse en aquel momento. A lo que agregó que esperaba poder verla otra vez para saludarla en casa de su primo Watson antes de su partida.

Y Mrs Bargrave vio cómo su amiga se alejaba, y la pudo seguir un rato con la mirada, hasta que se perdió al girar por una calle.

Al día siguiente, Mrs Bargrave mandó un recado a casa de Watson, el primo de su amiga, que vivía en esa misma ciudad. Quería saber si estaba todavía allí para ir a verla. Pero Watson se extrañó tanto por la pregunta, que decidió ir él mismo a visitar a Mrs Bargrave.

— He querido venir en persona para darte la noticia... Mi prima falleció el pasado 7 de septiembre, a causa de uno de sus ataques.

— ¿El viernes?- preguntó extrañada Mrs Veal- ¡Eso es imposible! Ella misma me visitó el sábado. Estuvo conmigo casi dos horas. Llevaba un precioso vestido de rayas y estaba elaborado con una seda fantástica.

La mujer de Watson, que le había acompañado, dio un grito de espanto.

— ¡Dios mío! ¿Cómo sabes eso? Ese vestido lo confeccionamos a medida entre las dos y nadie conocía esos detalles.

— ¡Pues yo misma toqué la tela! Y ella me contó muchas cosas, como que recibía una pensión de 10 monedas al mes...

Tanto Watson como su mujer se quedaron atónitos, y le mostraron la esquila recién impresa con la fecha de la muerte.

— ¡La has visto, indudablemente! —exclamó la esposa del capitán Watson—, pues nadie más que Mrs. Veal y yo sabíamos esos detalles del vestido.

Tras aquel día, Mrs. Watson proclamó el hecho por toda la ciudad, afirmando que a Mrs. Bargrave se le había aparecido realmente el espectro de Mrs. Veal.

El señor Watson fue a casa de la señora Bargrave con dos caballeros para escuchar el relato de sus propios labios.

Debí de haber dicho antes que Mrs. Veal había comunicado a su amiga que su hermano y su cuñada acababan de llegar a Londres para visitarla.

—¿Y cómo habéis venido aquí, dejándolos abandonados allí? —le había preguntado Mrs. Bargrave.

—No podía dejar de hacerlo —había contestado Mrs. Veal enigmáticamente.

Y efectivamente, su hermano y su hermana habían ido a verla, pero cuando llegaron a la ciudad de Dover, Mrs. Veal había muerto ya.

Durante todo el tiempo que estuve con Mrs. Bargrave mientras me contaba la extraña historia —varias horas—, no cesó de recordar detalles de su reciente conversación con su amiga. Mrs Bargrave nunca introdujo la menor variación en el relato de su aventura, lo cual dejó perplejos a quienes dudaban de su veracidad o no se sentían inclinados a creerla. (...)

Sin embargo, el hermano de Mrs. Veal hace lo posible por ocultar la historia, y aunque dijo que iría a ver a la señora Bargrave, nunca lo hizo.

Algunos de sus amigos corren la voz de que es una embustera. No conozco los motivos por los que el hermano de Mrs. Veal cree que este relato es una pura invención —como ya he dicho, se esfuerza en ocultarlo de los demás—, ya que el único fin de la aparición consistió en

pedir perdón a Mrs. Bargrave por el enfriamiento de su amistad y alentarla con bondadosas palabras.

—Yo no daría un penique por que alguien creyese mi historia, y si no fuese porque accidentalmente ya ha salido a la luz, nunca le habría dado publicidad. — me confesó mi amiga.

El asunto me ha afectado mucho, y estoy tan convencido de su veracidad. Y me parece extraño que se niegue un hecho positivo sólo porque haya ciertas cosas en él que no se puedan explicar racionalmente; la sola autoridad y sinceridad de Mrs. Bargrave no habrían sido puestas en duda en ningún otro caso.

EL ACUSADOR FANTASMA

Cuentan una extraña historia que ocurrió hace tiempo durante el juicio a un presunto asesino. El cuerpo de una mujer cercana a su entorno había aparecido con un terrible corte en el cuello, y él era el principal sospechoso. Pero el asesino había preparado el crimen tan bien, de forma tan perfecta, que los investigadores del homicidio no encontraron ninguna pista concluyente. Los agentes no consiguieron hallar ninguna huella, ni arma homicida el lugar del crimen.

Así que el día del juicio, el acusado estaba en principio bastante tranquilo. Tenía la total certeza de salir airoso de aquella situación. Más aún sabiendo que no existía ningún testigo capaz de acusarle directamente, porque nadie le había visto aquel día.

Sin embargo, en el momento en el que el fiscal llamó a declarar a los testigos, el acusado comenzó a ponerse nervioso. La defensa no entendía muy bien por qué:

— No se ponga nervioso— le decía su abogado de oficio- Solo hay dos testigos, los cuales no podrán decir nada, absolutamente nada concluyente.

— Sí que puede, sí que puede- repetía angustiado el acusado.

— Pero usted me dijo que ninguna persona podía delatarle....

— Pero él sí, y no puede estar aquí- repetía más angustiado aún.

— ¿Pero quién? ¿El jardinero? ¿La dama de llaves? Los dos estaban fuera ese día...

— Él sí, él sí... — repetía sin coherencia alguna el acusado.

El juez, que se dio cuenta del estado de ansiedad en el que se encontraba el acusado, comenzó a tomar declaración a los dos testigos, sin que pudiera sacar nada en claro, ya que aseguraban que ese día ellos no estaban en la casa.

— Señoría, ¡él no puede testificar! ¡No sería imparcial! Un testigo no puede haber tomado parte en el asunto... — dijo de pronto el acusado.

— No entiendo muy bien a qué se refiere... Una persona afectada en un caso también puede testificar. No veo el problema. Imagine en un asalto de caminos que no pudiera testificar el asaltado...

— ¡Pero él no puede hacerlo!- gritó desesperado el acusado, con la mirada fija en los testigos.

¿Qué es lo que perturbaba al acusado de este crimen?

El juez notó entonces que el acusado miraba hacia los testigos como si viera algo más. Notó su creciente angustia y para intentar que confesara, le dijo:

— Muy bien, ya veo que observa usted a un testigo al que no quiere escuchar. Le leeré, pues, un versículo de la Biblia para ayudarle a aclarar la mente.

Y diciendo esto, el juez tomó la Biblia entre sus manos y leyó el siguiente versículo de Josué:

— *‘Hijo mío, por el Dios de Israel, confiesa y declárame qué has hecho. No me lo encubras’.*

En ese momento, el acusado rompió en llanto y confesó el crimen, paso a paso, y sin dejar de mirar a ese testigo que nadie más podía ver: su víctima, esa mujer a la que había asesinado, le miraba implacable desde el estrado, con un profundo corte en el cuello y el cuerpo ensangrentado.

Y así fue, tal como cuentan esta historia, cómo el acusado, que en principio no contaba con nadie en contra, capaz de mandarle a la cárcel, encontró en su víctima su verdugo final